

DE LIBROS

CERNUDA EN GRAN BRETAÑA

El crítico Rafael Martínez Nadal, a quien le debemos algunos textos muy interesantes sobre Federico García Lorca, acaba de publicar un estudio sobre otro poeta de la misma generación: *Luis Cernuda. El hombre y sus temas*. El libro es un poco desigual, es cierto; pero el riquísimo material biográfico que nos brinda Nadal hace que éste sea uno de los trabajos más importantes publicados sobre Cernuda en los últimos años.

La primera parte del libro es un estudio biográfico. En su prólogo Nadal explica que se trata del primero de una serie de retratos que piensa dedicar a los diferentes intelectuales y artistas españoles que ha conocido durante su larga residencia en Gran Bretaña. Por eso, en lugar de escribir una biografía completa, se concentra exclusivamente en los nueve años que Cernuda vivió exiliado en ese país (1938-47). La recreación que ofrece de ese período resulta fascinante. Valiéndose de sus recuerdos y de numerosas cartas inéditas, el autor reconstruye, paso a paso, el curso que tomó la vida del poeta durante ese lapso: su llegada a Londres en la primavera de 1938; el tiempo que pasó trabajando con los niños vascos refugiados en Inglaterra; su huida a París en el verano del mismo año; su regreso a Inglaterra en septiembre y su estancia en Cranleigh, en el sur del país, durante el otoño; su traslado en enero de 1939 a la Universidad de Glasgow, donde habría de trabajar durante más de cuatro años (1939-43); su estancia, más breve pero más agradable, en la Universidad de Cambridge (1943-45), y, finalmente, los dos años pasados como profesor en el Instituto Español de Londres (1945-47). Cualquiera que se interese en la vida y la obra de Cernuda encontrará

aquí muchísima información nueva e iluminadora.

Nadal evoca no sólo al hombre, sino también los medios en que éste se movía. En dos o tres breves páginas logra darnos, por ejemplo, una hermosa recreación de la vida cultural londinense de antes de la guerra, de las tertulias literarias en el Café Royal, de las diversiones en el West End, de las elegantes tiendas que había en Bond Street y Piccadilly. Por otra parte, también sitúa la vida de Cernuda dentro de su contexto histórico: la crisis de Munich, los meses de la *phoney war*, los bombardeos, los racionamientos, el alarido de las sirenas: toda la dramática realidad de la Segunda Guerra Mundial se revive con detalle.

Y, desde luego, a lo largo de su estudio, Nadal también evoca a varias de las personalidades que Cernuda llegó a tratar en Gran Bretaña: al joven poeta inglés Stanley Richardson, que hizo posible que saliera de España; al profesor E. Allison Peers, jefe del Departamento de Español de la Universidad de Liverpool, adonde iba de vez en cuando a dar conferencias; al pintor manchego Gregorio Prieto, en cuya casa rentó un cuarto durante los dos años que vivió en Londres; al gran poeta inglés Stephen Spender, cuya amistad fue rechazada de forma tan arbitraria ("Este Stephen Spender es un periodista" fue la explicación que habría de darle a Nadal, quien hizo que se conocieran); al crítico y novelista español Esteban Salazar Chapela, colega suyo en el Instituto Español, a quien todavía le guardaba rencor por una reseña sobre *Perfil del aire* publicada unos veinte años antes; al poeta franquista Leopoldo Panero, que huyó indignado de la casa cuando Cernuda, presionado a que leyera algunos versos suyos, dio lectura a su poema "La familia" (la anécdota la cuenta Nadal con una gracia incompañable), y, finalmente, al distinguido hispanista inglés Edward M. Wilson, autor de unas traducciones de poemas de Cernuda que T. S. Eliot habría de rechazar como "no muy brillantes" al pedirle Wilson que las considerara para su publicación por la editorial Faber and Faber (el episodio es muy importante en tanto que explica la ironía con que, en adelante, Cernuda habría de referirse a un poeta a quien, a pesar de todo, debía tanto).

Vista desde fuera, la vida de Cernuda en Gran Bretaña ofrece muy pocas

sorpresas. Más interesante es el proceso interno, la historia de su reajuste al nuevo medio, a su nueva condición de exiliado. Para documentar este proceso de asimilación, Nadal acude ya no a sus recuerdos sino a una abundante correspondencia inédita. Además de numerosas cartas al propio Nadal y una serie más reducida al profesor Wilson, se reproduce la correspondencia que Cernuda mantuvo con dos grandes amigas suyas: Nieves Mathews (hija del escritor español Salvador de Madariaga) y Rica Brown (hispanista, estudiosa de Bécquer, y autora de una de las primeras reseñas sobre *La realidad y el deseo*). Curiosamente, es en estos dos últimos epistolarios donde Cernuda revela más aspectos de su intimidad ("la amistad que permite hasta la más ingenua confidencia —dice Nadal— sólo lo otorgó a sus mejores amigas: jamás, que yo sepa, a sus amigos", p. 107).

Y ¿de qué habla Cernuda en sus cartas? De su trabajo, de las visitas que piensa hacer, de los disgustos sufridos con tal o cual colega, de su odio al clima inglés (y escocés), del horror que le inspiran las grandes ciudades industriales en que vive. Pero también habla de cosas más trascendentales. Un tema que surge una y otra vez, sobre todo en los primeros años de exilio, es la Guerra Civil Española. En general, en sus cartas, lo mismo que en los poemas escritos por estas fechas, el poeta intenta ver la Guerra con distanciamiento, con ecuanimidad, atribuyendo la culpa no a tal o cual facción política sino al carácter mismo de sus paisanos. "Los españoles estamos poseídos por el demonio —le escribe a Nadal (15-X-38)— y sólo él sabe a qué atenerse" (p. 54). Según esta visión fatalista de las cosas, los republicanos serían no menos "conflictivos" que los franquistas, hecho que cree ver confirmado por las "innumerables divisiones y subdivisiones" que se observan en el campo republicano, tanto durante la guerra como después de la derrota. "Si alguien no pone remedio —le señala en otra carta a Nadal (22-XI-41)— van a dividirse por culpa nuestra en unos Balcanes ibéricos" (p. 102). Pero Cernuda no siempre es capaz de mantener esta distancia frente a los hechos. En una carta a Nieves Mathews (15-XII-42), por ejemplo, al discrepar con la actitud hacia la guerra adoptada por el padre de su corresponsal, Cernuda

RESEÑAS

pierde por un momento su serenidad y deja ver todo el odio que siente por los franquistas:

Creo que la objetividad que acaso pretende tu padre sea imposible para mí: sólo el nombre de franquista basta para levantar una ola de asco y repulsión en mis sentimientos. Para mí el levantamiento es responsable no sólo de la muerte de miles de españoles, de la ruina de España y de la venta de su futuro, sino que todos los crímenes y delitos que pueden achacarse a los del lado opuesto fueron indirectamente ocasionados también por los franquistas. El pueblo es ciego y brutal, todos lo saben, por eso no debe dársele ocasión para que se manifieste como tal, ni provocarlo. (p. 117)

Otro tema que surge en sus cartas, sobre todo en su correspondencia con Rica Brown y Nieves Mathews, es la poesía; y, aun más que la poesía en sí, las relaciones que existen entre el poeta y su público, tal como las entiende el propio Cernuda. Aunque sus ideas al respecto fueron inspiradas en parte por sus lecturas de los románticos ingleses

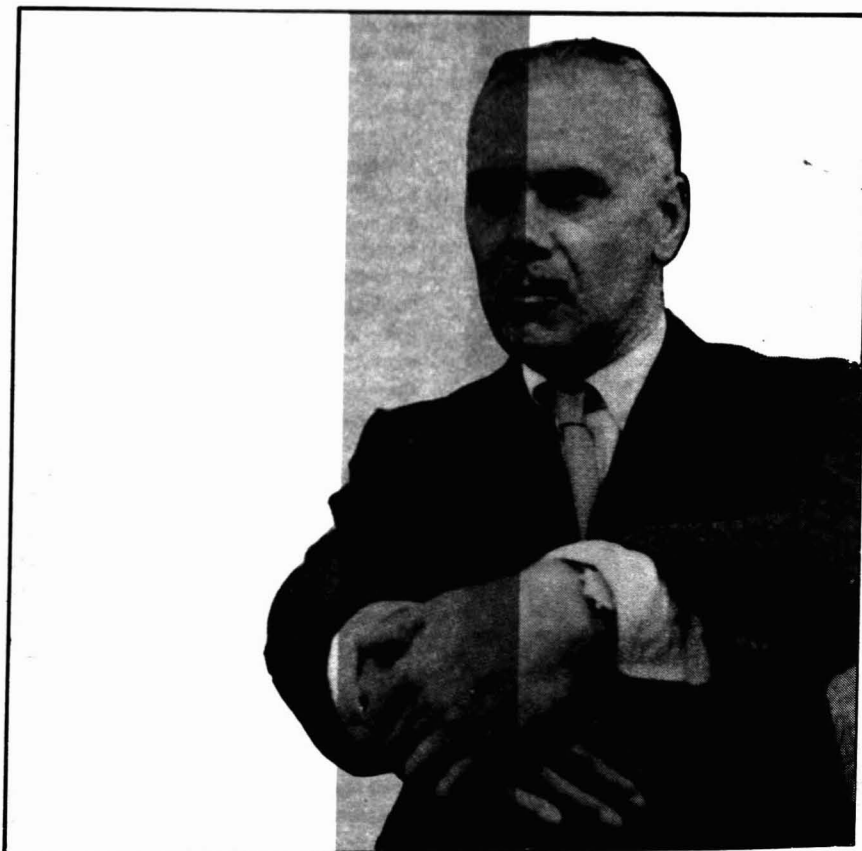
y alemanes, también reflejaban la dura marginación cultural que sufría como español exiliado en un país anglosajón. ¿Dónde publicar sus textos? Y ¿a quién iban dirigidos? Las respuestas a estas preguntas que da Cernuda en sus cartas coinciden con la teoría romántica que plantea en sus versos: según ésta, el verdadero poeta no escribe con miras al público, escribe simple y sencillamente porque es su destino hacerlo. Algo de esta concepción del poeta empieza a surgir en una carta que le envía a Nieves Mathews el 19-XII-41: "He trabajado y trabajo bastante. Pero me pregunto que para qué. Si al menos estuviera en América, podría buscar editor. Lo que me alienta es que sólo he nacido para eso: y sean cosas sin interés o con interés, para publicar o para perderlas inéditas, debo escribir de todos modos" (p. 109). Ya que, como el filósofo y el místico, el poeta tiene "la intuición más alta de la creación" (p. 119), no puede esperar que su obra consiga un éxito inmediato entre el público. Por lo tanto, como explica en una carta a Rica Brown (28-IX-43), el poeta tiene que dirigirse no a sus contemporáneos sino a las generaciones futu-

ras, tiene que moldear al público en lugar de dejarse moldear por él:

No es la falta de un público lo que me hace a veces dudar del mayor o menor valor que puedan tener mis escritos, sino otras razones un tanto complejas de explicar. Yo nunca he deseado popularidad, porque sabía que las calidades estéticas que siempre me esforcé por alcanzar traían consigo, una vez conseguidas en todo o en parte, la falta de popularidad. Hay un tipo de escritor, y es el único tipo de escritor que me interesa, que tiene que crear su público, y eso es tarea de siglos. Sólo me interesa el público "a la medida", si puedo decirlo así; el público hecho, como las ropas hechas, no vale la pena. (pp. 141-42)

Si su fe en la poesía y, más concretamente, en su propio destino poético le ayudó a aguantar los largos años de exilio, se ve que mantener esta fe no era tarea fácil. El 8-VII-43 le escribe a Nieves Mathews: "Mientras más tiempo pasa más pesimista me hago respecto al porvenir de la literatura. No creas que es paradoja, pero la facilidad en los medios de impresión y la enseñanza para todos pueden acabar con la literatura como tal literatura" (p. 124). Y sin esta fe en el futuro de la poesía, en el futuro de su propia poesía, de repente la vida pierde su sentido: todo se viene abajo. El 13-VII-43 le vuelve a escribir a Nieves Mathews: "Por lo que he hablado con algunos españoles, veo que, aunque la vuelta nuestra a España fuese materialmente posible dentro de algún tiempo, espiritualmente aún sería imposible. Así que, con la perspectiva de no volver allá y de no poder continuar aquí, me veo como el alma de Garibay: flotando en los espacios infinitos" (p. 126).

Pero justamente cuando empieza a fallarle su fe en la poesía, llega a salvarle el amor. En Cambridge, en la primavera de 1944, Cernuda queda profundamente enamorado, experiencia que le inspira su bellissimo ciclo de "Cuatro poemas a una sombra". El curso de esta experiencia está reflejado fielmente en sus cartas a sus dos amigas. En ellas se ve la noción, otra vez netamente romántica, que tenía de las relaciones amorosas. El 4 de junio le anuncia a Rica Brown el motivo de su nueva felicidad:



Luis Cernuda

Me encuentro con que el destino me regala una de esas fases de vida plena, que yo no esperaba ciertamente volver a gozar. Todo se presta a ello: el tiempo, el lugar, como fondo risueño. Cuando el destino se decide a sonreír, nada deja a medias, sino que, al contrario, todo le sirve y le completa.

No crea, sin embargo, que miro con confianza al futuro. La dicha tiene que ser breve, pero mientras dure, y aun pasada, nuestra gratitud por ella ilumina los largos periodos de indiferencia o de vacío. (p. 145)

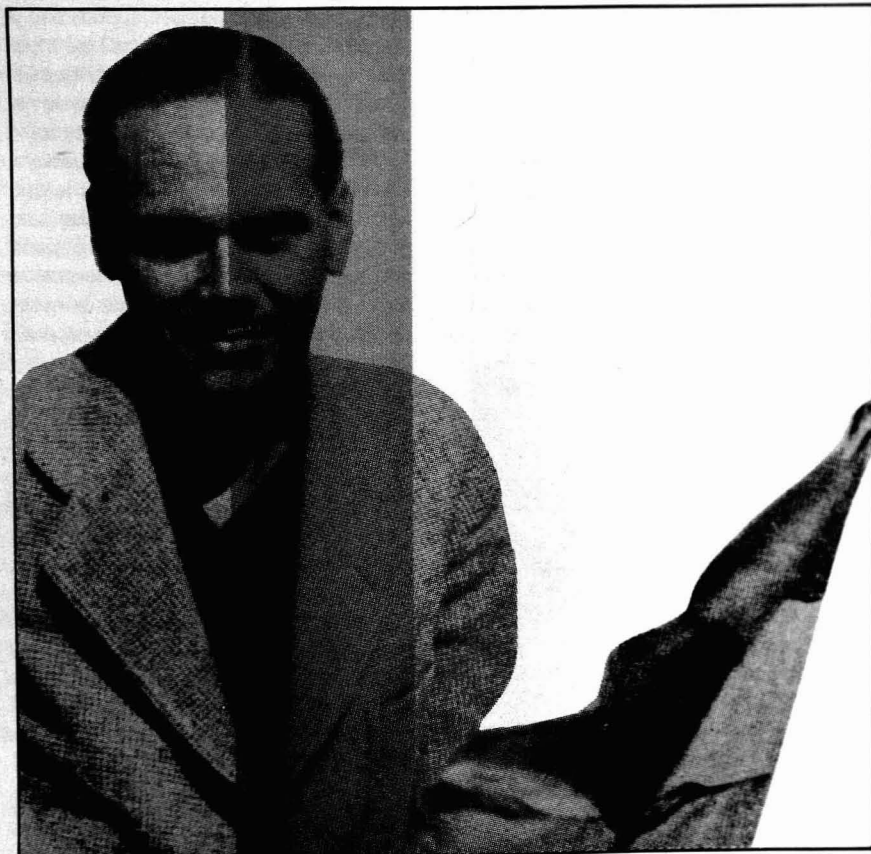
La relación resultó ser breve, tal como Cernuda preveía. Ya a principios de julio, anunció que estaba pasando días "bastante amargos". El 20 de julio le escribió a Nieves Mathews: "Ahora, como tarde o temprano debemos pagar un precio por todo, ha llegado para mí la hora del pago, y es amarga en extremo" (p. 129). Y el pago consiste, desde luego, en volver a la forma de vida vacía y sin sentido de la que se quejaba unos meses antes. El 12 de agosto le escribe una vez más a su amiga Nieves: "por razones que no ha-

cen al caso, me doy cuenta de que he perdido toda amarra con mi tierra, y me siento todo yo y toda mi vida sin atadero alguno, e inútil. Sin yo mismo darme cuenta, quise sustituir la falta de mi tierra, la falta de ambiente adecuado, la falta de amigos, con un amor absorbente y absurdo: ahora pago las consecuencias" (pp. 132-33).

Para completar el inventario de la enorme riqueza documental que contiene este libro, hay que mencionar finalmente el texto inédito de Cernuda que reproduce Nadal en uno de los apéndices. Se trata de una conferencia titulada "Mito poético de Castilla"; la escribió Cernuda en 1943 para ser transmitida por la BBC dentro de una serie de charlas dedicadas a celebrar el milenario de Castilla. Según Nadal, que fue quien creó el proyecto, la idea era proporcionar a través de estos programas "un contrapunto" de lo que se había oído o leído al respecto en España (p. 155). En su texto, lo que intenta hacer Cernuda es definir, en términos poéticos más que "históricos", el carácter de su país (propósito muy parecido, por cierto, a aquel que llevara a Unamuno y a otros escritores de la

Generación del 98 a escribir algunas de sus páginas más famosas). Empieza señalando que "lo que constituye la verdad intensa y profunda de un ser, animado o inanimado, individual o colectiva, es siempre poesía". Luego explica que, para él, "la verdad intensa y profunda" de España se encarna en el mito de Castilla en el siglo XVI, y en Castilla, se había forjado una forma heroica de vida a la cual —según Cernuda— España debía su unidad, su proyección hacia el mundo, su grandeza. Si todo esto suena un poco parecido al mito de la España imperial elaborado por Franco y sus seguidores, el singular papel que Cernuda atribuye al misticismo asegura un planteamiento bien distinto. "Para crear a España tuvo Castilla que renunciar a su propia existencia individual, tuvo que morir, para alcanzar esa vida más alta de la cual, sin sacrificio alguno de su parte, iban a beneficiarse las demás regiones peninsulares. De ahí ciertas cualidades raciales típicas: la abnegación, la paciencia, el sacrificio, el respeto a la pobreza, el desprecio de los bienes materiales, el amor a no ser nada, que hallamos encarnados en el místico castellano, la más noble expresión de nuestra tierra y espíritu" (pp. 319-23). Quien conozca la obra de Cernuda en seguida reconocerá en estas líneas la base ideológica y estética del mito de Sansueña que el poeta fue elaborando en "Quetzalcóatl", "El ruiseñor sobre la piedra", "Águila y rosa" y "Silla del rey". Y, de hecho, esta conferencia ayuda mucho a la comprensión de estos y otros poemas.

En septiembre de 1947 Cernuda salió de Inglaterra camino a Estados Unidos. "¿No es triste, Rafael?" le confesó a su amigo, un poco antes de su partida. "Miro para atrás y sólo veo un largo bostezo gris" (p. 182). En tanto resumen de su vida cotidiana en Gran Bretaña, esta afirmación seguramente no carecía de verdad, pero como expresión de todo lo que había aprendido allí como poeta, la frase, desde luego, era poco justa. Su deuda para con la cultura inglesa la habría de reconocer en una carta a Wilson fechada el 17-VII-48. "No piense que me olvido de Inglaterra, porque como es natural la recuerdo mucho ahora, y comprendo cuánto la debo espiritualmente. Quizá mi estancia allá, de cerca de diez años, ha sido la fase más rica de mi vida hasta ahora, si no como molde primero,



Luis Cernuda

como refinación de lo que a ella llevé conmigo" (p. 184). Para seguir los pasos de Cernuda durante esa fase de su vida, ningún estudio mejor que esta primera parte del libro.

En la segunda parte, Nadal nos ofrece un estudio de los temas que aparecen en la obra de Cernuda (en toda su poesía y no sólo en aquella parte escrita en Gran Bretaña). El análisis sufre una serie de defectos. En primer lugar, es incompleto: aunque sí trata temas primordiales como Amor, Dios, Tiempo, Muerte y Exilio, el autor no menciona en absoluto otro tema igualmente importante, sobre todo a partir de *Involuciones* (1934-35): la noción que tenía Cernuda del poeta y de sus relaciones con la sociedad (la misma temática que acabamos de comentar al ocuparnos de su correspondencia). En segundo lugar, el análisis es esquemático: el autor en ningún momento se muestra sensible a la notoria evolución que hubo en el pensamiento de Cernuda a lo largo de los años. Por ejemplo: si bien hay narcisismo tanto en *Perfil del aire* (1927) como en *Desolación de la Quimera* (1962), la forma específica que asume esta temática, desde luego, no es la misma en las dos colecciones; Nadal, sin embargo, no atiende a estas distinciones. Finalmente, los comentarios que hace Nadal no siempre corresponden a un análisis textual: por querer ver una identificación completa entre el hombre Cernuda y la persona mítica proyectada en la poesía, el autor tiende a olvidarse de los versos para hablarnos del "acontecer personal" que está tras ellos. Muchas veces lo que nos dice al respecto resulta interesante (son muy reveladores, por ejemplo, los datos que aporta sobre la relación amorosa que inspiró los poemas de *Donde habite el olvido*); pero esta información, por muy útil que sea para el futuro biógrafo de Cernuda, ayuda muy poco a explicar la temática de sus versos.

Aunque lo que se propone es escribir un estudio temático, Nadal no puede resistir la tentación de darnos, a la vez, su opinión sobre los relativos méritos de los distintos poemas estudiados. Aquí tampoco logra convencer del todo. Según parece, el defecto principal que ve en la poesía de Cernuda consiste en el tono "con frecuencia malhumorado o despectivo, con frecuencia didáctico" con que el poeta se dirige a los demás (p. 199). Este tono lo atribuye

ye Nadal a la influencia en Cernuda de los poetas románticos, sobre todo los ingleses y alemanes. Es cierto que, por su identificación con el romanticismo, Cernuda llegó a veces a escribir poemas de resonancia decimonónica (aunque tampoco conviene exagerar esta vertiente de su obra, como hace Nadal al hablar, por ejemplo, del tono "panfletario" de *Los placeres prohibidos*). Fue un defecto que el mismo Cernuda reconoció y contra el cual libró una batalla constante. Sin embargo, de este intento por superar el romanticismo y escribir una poesía verdaderamente moderna no hay apreciación alguna en la crítica que nos ofrece Nadal. Éste no entiende, por ejemplo, la importancia para Cernuda del monólogo dramático; tampoco parece entender el propósito de las técnicas de desdoblamiento; para Nadal son meros "amaneramientos" de una poesía "que de entrada se diría querer excluir al lector" (p. 199). Desde luego, no responden a un propósito de este tipo sino al deseo del poeta de dramatizar el diálogo que se lleva a cabo entre las diferentes voces de su conciencia, "entre el hombre que sufre y el poeta que crea" (para citar la famosa frase de Eliot); y todo parece indicar que el lector moderno, por tener una conciencia igualmente dividida, no sólo no se siente excluido de esta poesía, sino que llega a identificarse con ella de una forma muy íntima. Si a Nadal no le interesa este tipo de diálogo es porque, como ya vimos, siempre busca confundir la voz del hombre con la voz del poeta. Es decir, a fin de cuentas Nadal resulta mucho más romántico que Cernuda; y, por eso mismo, sólo logra darnos una visión muy parcial de la obra de su amigo.

Pero sería injusto cerrar esta reseña con una nota negativa. Al dar su opinión sobre la poesía de Cernuda, el autor quería que fuera considerada como tal: como una visión muy personal y no como un estudio "objetivo" de tipo académico. En este sentido, hay que agradecerle la franqueza con que expresa sus puntos de vista, incluso cuando son desfavorables para el poeta; que uno no esté siempre de acuerdo, quizá sea lo de menos. Por otra parte, habría que reconocer el indudable interés que tienen muchos de sus comentarios: las indicaciones, por ejemplo, con respecto a los "préstamos" que toma Cernuda de otros poetas o las observaciones sobre las palabras "A mon

seul désir" que figuran como lema al frente de *La realidad y el deseo*. Y, a fin de cuentas, por muy grandes que sean las deficiencias de esta segunda parte del libro, se ven más que compensadas por los magníficos logros de la primera.

James Valender

POR LA USANZA NO CATRINA

Luis González y González observa de José Fuentes Mares algo que bien se revira sobre sí mismo: "Indudablemente sigue la norma de practicar lo que predica." *La Querencia y Nueva invitación a la microhistoria*, son una dignísima muestra de la norma. Entre uno y otro libro se tejen vasos comunicantes que sintetizan el perfecto equilibrio del pensar y del actuar, del creer y del amar, del buscar y del encontrar; los dos libros son la unidad de las pasiones del autor: la microhistoria o historia patria y la región del occidente de México. Aunque ambos libros son compilaciones de artículos y conferencias más o menos dispersas, cada uno de ellos se integra sorprendentemente: tal parece que responden a una concepción previa como volúmenes. En *Nueva invitación a la microhistoria* reúne textos que responden a sus preocupaciones sobre el quehacer del historiador avocado a la historia patria, regional. *La Querencia* recoge escritos que versan sobre la trayectoria del oeste mexicano.

Así *Nueva invitación...*, que bien es la continuación de *Invitación a la microhistoria* (1973), concentra una medida crítica —ponderativa siempre; contraria ocasionalmente— a modos y modas de hacer historiografía (hace suya la crítica de Edmundo O'Gorman contra la historiografía científica: "...una manera de historia que permuta la primogenitura de lo cualitativo por el plato de lentejas de lo cualitativo"), reafirma la propuesta del imprescindible quehacer de la microhistoria dentro de las normas profesionales ("en la historia todos se meten como Pedro por

▲ Luis González y González: *Nueva invitación a la microhistoria*. Sep 80, México, 1982. *La Querencia*, Sep Michoacán, México, 1982